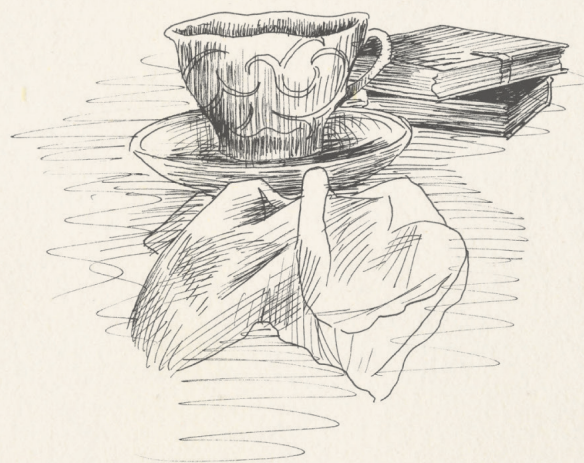
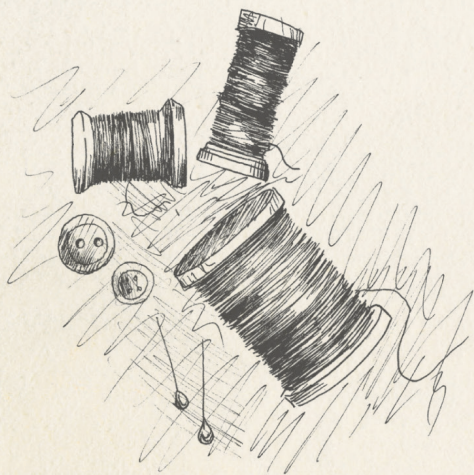




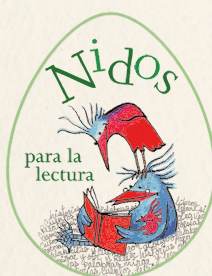
www.loqueleo.santillana.com







La amistad bate la cola



loqueleo





La amistad

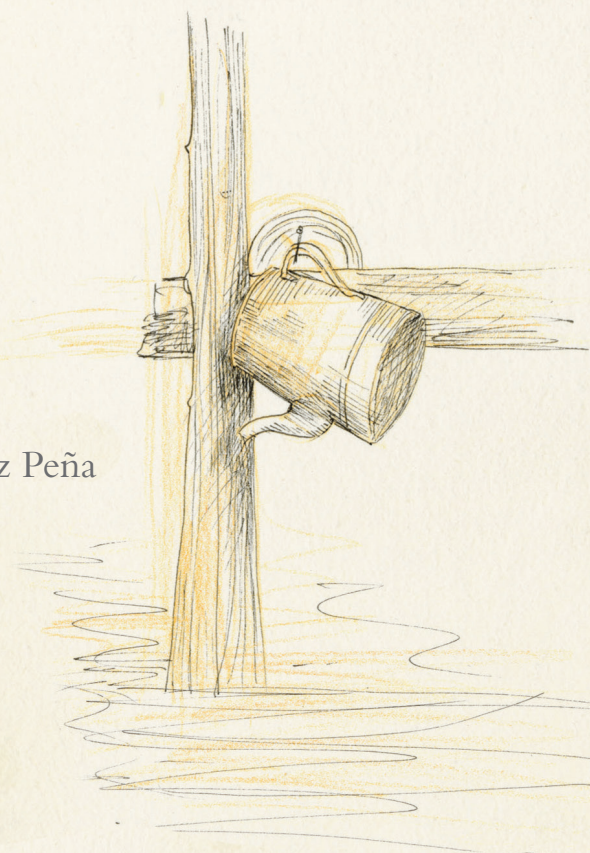


MARINA COLASANTI

Ilustraciones de CLAUDIA RUEDA

bate la cola

Traducción de Beatriz Peña



A los lectores...

AUNQUE USTEDES TENGAN PERROS o sueñen con tenerlos, o aunque no quieran saber de ellos, seguramente intuyen que el lenguaje canino es más complicado de lo que nos hacen creer. Por supuesto, no me refiero a palabras como “sentado” o “paseo” que cualquier mascota conoce, sino a ese idioma de las emociones que los perros hablan cuando baten la cola, cuando nos miran, cuando caminan a nuestro lado o cuando comparten, sin palabras, nuestras tristezas y alegrías.

La escritora Marina Colasanti es experta en descifrar lenguajes secretos. Así como muchas veces ha escrito cuentos de hadas que exploran los sueños, las pesadillas y los problemas de nuestra vida, en esta ocasión nos



lleva de paseo por la naturaleza —animal y humana— para revelarnos un mundo en el que el amor, la valentía, la lealtad, los celos, el deseo de huir, el dolor de la separación y muchos otros sentimientos andan juntos.

“Aprendí a pensar, aprendí a escribir, aprendí a narrar, leyendo”, dice esta artista que se formó, como muchos niños, con cuentos de hadas y que muchos años después, cuando ya era autora y periodista, encontró en las antiguas historias de su infancia una fuente de inspiración. *Una idea toda azul*, su primer conjunto de cuentos de hadas, conquistó el corazón de los niños y se convirtió en el Mejor Libro para Jóvenes de la Fundación Nacional del Libro Infantil y Juvenil de Brasil

en 1979. Desde entonces, ha seguido explorando ese universo maravilloso: *Lejos como mi querer* y otros cuentos —también de hadas— ganó el Premio Norma-Fundalectura en 1996.

Marina suele ilustrar sus libros. En esta colección, sin embargo, invitamos a Claudia Rueda, una de las más reconocidas ilustradoras colombianas, autora de *La suerte de Ozu* y de *¡No!*, entre otros títulos, para acompañar con sus dibujos la historia de Marina. Es una forma de celebrar los lazos entre autores y lectores de todas las edades y las culturas que buscan, en la literatura, un idioma para nombrar las emociones.

Yolanda Reyes

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN



1

Esta es la historia
de las dos perritas
de color de leche y
miel, una historia
que tiene un
poco de tristeza
y mucha alegría.

Y que comienza cerca de la Navidad. Qué tan cerca, no lo sé. Pero lo cierto es que la Navidad se venía aproximando a nuestras expectativas cuando Tusca llegó.

Todavía no se llamaba Tusca. Probablemente tenía algún nombre, allá de ella, que nosotros nunca supimos. Para nosotros surgió sin nombre, una perrita aparecida de repente en el jardín, en la terraza de nuestra casa de campo.

No tenía el aire de quien anda sin rumbo, de quien está ahí pero podría estar en cualquier otro lugar. No había en ella vacilación alguna. Vino andando firme por el prado, firme a pesar de sus pasos pequeños. Después subió el escalón de piedra, avanzó hasta donde estábamos sentados leyendo el periódico, y se detuvo.

Como si la hubiéramos llamado.

Se detuvo y se quedó mirándonos.

Blanca, pintada de color canela.
El pelo corto. El hocico puntudo.
Los ojos negros un poco saltones. Toda ella pequeña. Una perrita sin nada de especial.
Simpática, sin embargo.





Le hicimos aquellos mimos cautelosos que se le hacen a un perro que no es nuestro.

Ella se comportó como si hubiera venido exactamente para eso, y para algo más.

Comida, seguro. Pensamos enseguida que debía de tener hambre. Conseguimos leche, pan. Carne no teníamos, alimento para perros mucho menos. Pareció muy feliz con lo que le ofrecimos, servido en uno de esos platos plásticos que se ponen bajo las materas. Comió con avidez, pero con buenos modales caninos. Comió y no dio señales de querer irse.

Irse no era, evidentemente, su proyecto inmediato. Se instaló al sol, cerca de nosotros, casi autorizándonos a retomar la lectura del periódico. Soltó un gruñidito, estiró con deleite las patas, y se durmió.

¿Cómo es que uno se enamora de repente de una criatura, una perrita en este caso, más de lo que se enamoraría de cualquier otra? Es así. Un gesto. Un mensaje dado gracias a un gesto. Sin palabras.



Y el mensaje que la perrita nos dio era: “Yo soy especial”.

Ese día no se fue. Por la noche improvisamos alguna otra cosa para que comiera, forramos el piso de un rincón de la terraza con periódicos. Y nos fuimos a dormir, sin certeza alguna de encontrarla a la mañana siguiente.

Pues a la mañana siguiente, cuando abrimos la puerta, allá estaba, sonriente —la sonrisa de los perros, bien se sabe, es la cola que se bate de un lado a otro—, lista para recibir todo aquello a lo que su simpatía le daba derecho.

Todavía no tenía nombre, pero la intimidad comenzaba a exigir que le diéramos uno.

Y todavía no habíamos entendido exactamente lo que ella tenía de especial.

Tusca parece un nombre extraño para un perro. Y lo es. Pero fue un nombre dado de puro amor.

Acabábamos de hacer un viaje a la Toscana, una región linda y dulce de Italia, habíamos incluso pintado nuestra casa del color de las casas de allá para conservar





con nosotros un poco de aquella belleza, y sobre la mesa había un libro en inglés, *Tuscany*, lleno de fotos conmovedoras de aquellos paisajes. Por eso, luego de buscar en su corazón un nombre para darle, mi marido dijo: “Tusca”. Y Tusca se quedó.

Tusca se quedó, en todos los sentidos. Porque después de aquella mañana, después de haber comido y tomado el sol echada plácidamente como si nunca hubiera vivido en otra casa, cuando subió sus patas a mi pierna en busca de caricias, advertí que la perrita, ahora ya Tusca para todos los efectos, estaba embarazada.

No cabía duda. No era gordita como me había parecido. Las patas delgadas, las costillas pegadas a la piel decían que, por el contrario, estaba flaca, incluso más flaca de lo que debía estar, tal vez justamente por aquella carga excesiva que se abultaba dentro de ella.

Una perrita flaca, embarazada, y la Navidad cerca. ¿Tendría alguien coraje de ahuyentar a una hembra embarazada, de cualquier especie, en vísperas de la fiesta del Nacimiento?

Ni siquiera llegamos a formularnos la pregunta. Los cachorros de Tusca, aún tan pequeños y ni siquiera nacidos, decidieron por todos nosotros.

Eran seis. Lo descubrimos dos días antes de la Navidad, cuando nacieron. Cuatro hembras y dos machos. Las hembras, pintadas de blanco y canela, casi como la madre. Los machos, negros con blanco. Y los seis atropellándose para mamar, con los ojos aún cerrados y las bocas abiertas para comer todo el tiempo. Tusca, echada, con un aire soberano de maternidad realizada.

Por lo menos durante un tiempo. A medida que crecían los cachorros, y con ellos su apetito, la madre iba perdiendo poco a poco su aire reposado. Se levantaba de repente, cansada de aquella esclavitud de alimentar, se libraba de los perritos que querían irse con ella, que mordisqueaban sus patas, que se colgaban de sus tetas.

Y se iba a descansar en cualquier macizo, cualquier matorral que le ga-





rantizara soledad. Nunca muy lejos, sin embargo. Para no perder de vista a los hijos. Se quedaba un rato en paz, y después volvía junto a ellos.

Toda historia de crías de mascota tiene un momento triste. Es cuando llega la hora de regalar una de ellas, o más. Y esa

hora llegó también para los seis hermanos pintados.

Llamé al cuidandero. Me dijo que ya tenía a quién regalarlos: los cachorros eran muy bonitos, todo el mundo quería uno. Miré a Tusca, ahora absolutamente flaca y con el aire de quien bien podría agradecer que le echaran una mano. Me imaginé que las cosas iban a suceder poco a poco: un cachorro hoy, otro mañana, casi sin que la madre lo notara. Di la orden. E, inocentemente, viajé.

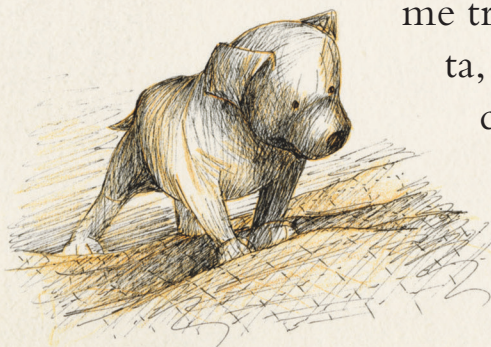
Inocentemente, es lo que digo ahora, para librarme de la culpa. Pero era yo quien había dado la orden. Y a mi regreso me encontré con los resultados.

Tusca estaba sola. Sola e inconsolable. Parecía no tener sosiego. Husmeaba en los rincones, entraba y salía de la chimenea buscando, metía el hocico bajo los sofás, iba de una habitación a otra. Y saltaba a mi regazo, y se bajaba, y gemía, y me pedía ayuda. Logró que mi marido la siguiera hasta la casita de las herramientas y ladró delante de la puerta cerrada con la esperanza de que los pequeños estuvieran ahí.

Llamé al cuidandero. Y enseguida le pregunté cómo había podido hacer algo así, cómo había regalado todos los cachorros de una vez dejando a la pobre desesperada, cómo no había pensado en ella, ¡cómo!... “Usted me mandó”, respondió sin alterarse. Tenía razón. Pero ahora, por lo menos, que

me trajera uno de vuelta, no importaba cuál, el que pudiera conseguir. Y lo más rápido posible.

No trajo uno. Trajo dos. Dos hembras. Dos perritas pintadas como la madre, de ojos de color miel, que aún olían a animalito pequeño, blandas. Que, bautizadas Meiga y Maribel, se convirtieron de inmediato en la pasión de la casa.



Puede haber sido cuestión de celos. Puede haber sido la reanudación de un trayecto interrumpido por el embarazo. Puede haber sido el deseo de una vida más aventurera. Pueden haber sido las tres cosas juntas. No sé con certeza lo que fue. Lo que sé es que un día, sin más ni más, a pesar de los buenos tratos, a pesar del cariño, a pesar de la comida abundante, Tusca se fue.



Abrí la puerta una mañana y Tusca no estaba allí batiendo la cola. Ni siquiera apareció por la tarde. Ni por la noche. Ni nunca más. Aquella



perrita especial, que yo creía mía, había cogido camino y ya no era mía, era de ella misma y de nadie más.

Más tarde supe por el cuidandero de otra casa que Tusca, cuando aún no se llamaba Tusca, tenía un dueño que era una excelente persona y la quería. Sin embargo, tuvo que viajar y se vio obligado a dejarla con un conocido. El conocido también era un buen hombre y la quería. Pero más quería a la bebida. Y cuando bebía, lo que pasaba con frecuencia, se olvidaba de darle comida. Es probable que



Tusca haya aguantado algún tiempo, paciente, hasta que quedó embarazada. Sin embargo, embarazada, necesitaba comer.

Me imagino que fue entonces cuando salió en busca de

una posada mejor, y avanzó, como si la hubiéramos llamado, hasta la terraza de nuestra casa donde leíamos el periódico.

Para mi sorpresa, Meiga y Maribel no parecieron sentir mucho la falta de la madre. Jugaban, roían todo lo que encontraban al alcance de sus dientes, se perseguían por el prado, entrenaban la voz con jóvenes ladridos. Al no tener la palabra huérfana en su vocabulario, su propia orfandad les parecía ligera. Aparte de todo, estaban ocupadas en crecer.

Y en ese crecimiento va a entrar otro personaje.

